

EN LA DERIVA

Michael Swanwick

En 1979 se produjo el desastre nuclear de la Isla de las Tres Millas. Si la Fusión hubiera llegado a producirse...



Es una hipótesis, pero estuvo a punto de convertirse en realidad. La Fusión, en el accidente nuclear de la Isla de las Tres Millas, ha llegado hasta sus últimas consecuencias. Y el mundo, en lo que a Estados Unidos se refiere, ya no es el mismo que era. Una enorme zona en torno al lugar del accidente se ha convertido en un lugar de larga cuarentena, una zona de muerte: la Deriva. Una región donde los vientos radiactivos han matado toda la vida, donde el cielo arde con un malsano color azul y los efectos de las radiaciones crean monstruos que han de ser perseguidos y eliminados, y donde los buscahuesos, las diminutas partículas que arrastran consigo el cáncer, la leucemia y las mutaciones, persiguen implacablemente a los seres humanos.

Pero la vida continua. Y así, en torno a la zona devastada, incluso dentro de ella, afligidas por las consecuencias de la Fusión, la enfermedad y la muerte, las maltrechas comunidades humanas intentan reorganizar un mundo que han visto destruirse a su alrededor. Y entre ellos Keith Piotrowicz, que a través de los Mimos hallará su acceso al poder; al enano Bob Esterhaszy, que sin ser médico intentara aliviar sufrimientos; Samantha, la mutante vampira que pretende a toda costa sobrevivir, y que puede ver el flujo de las radiaciones a su alrededor; el cabecilla rebelde Fitzgibbon, que quiere la Deriva para los deriveños; el periodista Patrick Cruz O'Brien, cronista involuntario de unos sucesos que no acaba de comprender; y, sobre todo, Virginia, la hija de Samantha, que sabe que deberá acudir al núcleo del reactor e inmolarse en aras de un ideal...

Para Marianne: mis océanos, mi Gato
Siempre habrá supervivientes
—Robert A. Heinlein

1. El Beso del Mimo

Keith Piotrowicz se hallaba en el Mercado Italiano cuando vio pasar el monstruo de Jano. Era el día anterior a la Víspera de los Mimos y la calle Nueve estaba atiborrada de compradores: tres corrientes de gente yendo y viniendo entre cuatro filas de tenderetes.

La patrulla que había dado caza al monstruo llevaba su cadáver al Ayuntamiento de los Mimos. Habían atado su trofeo a dos largos palos cruzados a su espalda; en posición más o menos erguida, oscilaba por encima de la cabeza de los clientes.

Los buhoneros se volvían de los puestos de verduras o de los barriles donde quemaban los desperdicios y se calentaban las manos para mirar boquiabiertos. Los niños recogían patatas podridas y hojas ennegrecidas de lechuga del suelo y se las arrojaban al monstruo, gritando burlas y dando palmadas. Los Mimos respondían con muecas de orgullo y andares jactanciosos. Con las boinas blancas colgadas a un lado de sus cabezas, intercambiaban bromas con la multitud, agitando las estacas para que el monstruo se balanceara ante aquellos que mostraban síntomas de miedo.

Se veían tres agujeros pequeños en la camisa del monstruo, allá donde el fuego del láser había ennegrecido la tela y cauterizado las heridas. A lo largo de una de sus mejillas

aparecían un montón de ampollas, resultado de un disparo fallido. El monstruo parecía tener siete años.

Keith contempló la ancha cabeza con su doble rostro. Las dos bocas eran pequeñas y abultadas, casi irritadas en su expresión. Se preguntó qué palabras habría emitido la criatura por esos labios, qué locuras o divinas contradicciones. Entonces el cadáver pasó de largo, y él no pudo evitar un escalofrío involuntario.

A su lado, una mujer vestida de negro se santiguó; luego hizo el signo de los cuernos para ahuyentar la mutación.

La calle zumbaba con rumores y especulaciones.

—Alguien dijo que lo cogieron acechando en los muelles —le comentó un vendedor a Keith. Se inclinó por encima de una bandeja de cebollas que despedían un olor acre para que le escuchara—. Se alimentaba de desperdicios y pescados muertos.

Calle abajo, el jefe de la patrulla prorrumpió en una espontánea danza de Mimo, dando saltos alrededor del cadáver. Alguien golpeó la cosa con un palo y la hizo oscilar.

—Es imposible —repuso Keith—. Entre los muelles y la Deriva está toda Filadelfia.

—Es lo que oí. —El buhonero se enderezó, poco dispuesto a exponer sus sospechas compartidas de que el monstruo había nacido en Filadelfia y que fue educado en soledad por unos padres que se atrevieron a saltarse la ley genética. De algunas cosas no se podía hablar. Echó la cabeza hacia atrás y vociferó—: ¡Sí, sí, sí! ¡Cebollas y remolachas! Frescas...

Keith continuó su camino. Se metió por entre compradores que llevaban bolsas confeccionadas de retales de tela multicolor llenas de diversos productos, con botellas y botas para que se las llenaran con melazas, vinagre o vino. Tres manzanas más adelante pasó al lado de los acuarios donde la Casa Gambiosi guardaba las percas y los róbalo. Vendían barato, aunque no mucho, debido al miedo de la gente de que procedieran del río Schuylkill o el Delaware.

Uno de los hijos de Gambiosi se hallaba vendiendo en la acera, pesando el pescado y envolviéndolo en papel de periódico. Keith llamó su atención.

—¿Está tu padre, Tony?

—Dentro. ¿Has visto al monstruo? —Tony sonrió con una mueca y su delgado rostro mostró una abierta tristeza —. Tío, cómo me habría gustado participar de la matanza.

Alzó las dos manos como si sostuviera una ametralladora, se agazapó a medias y pronunció varias veces el sonido que produciría ésta: ra-ta-tat.

—Gracias —dijo Keith—. Emplearon láseres.

Entró en la tienda.

El interior era oscuro, y en los mostradores, sobre capas de hielo, se veían aves y conejos preparados y expuestos de tal forma que parecían un complejo rompecabezas sin terminar. Se trataba de carne de animales que podían ser criados dentro de los límites de la ciudad; tenían un precio que permitía que la gente pudiera degustarlos, por lo menos, una vez a la semana. De las vigas del techo colgaban quesos importados de Wisconsin y variedades de carne que sólo estaban al alcance de los ricos: jamones ahumados de Virginia, salchichas y salamis del Maine, de la Alianza Greenstate..., cuanto más lejana fuera su procedencia, más caros resultaban.

Gambiosi hablaba con un cliente mientras sostenía en alto un conejo despellejado. Parecía ridículamente desnudo y escuálido en comparación con la masa próspera del cuerpo de él.

—¿Me pregunta si está limpio? —Lo alzó más alto aún —. Este animalito fue criado por mi propio cuñado a menos de dos manzanas de aquí.

—¿Señor Gambiosi?

—Espérame ahí atrás, muchacho. —Le indicó con la cabeza la parte posterior de la tienda—. Ahora bien, si lo que busca es algo que tenga más carne...

Keith cruzó un marco sin puerta que le condujo a un interior oscuro. La atmósfera era cálida y con un olor agradable. En las paredes había alineadas jaulas con aves vivas, que no cesaban de moverse y cacarear. Perdido entre tanto jaleo, a veces se veía un destello de color rosa procedente de los ojos de un conejo asustado. Pasados unos minutos, Gambiosi entró en la estancia.

—¿Sí?

Keith sacó un sobre del interior de su chaqueta y dijo:

—El encargado de mi bloque le envía la lista de participantes del desfile, los nombres y el horario, para su aprobación.

Gambiosi hojeó los papeles, en realidad sin mirarlos.

—Eres Petrovich, ¿verdad? —Lo acentuó en la primera sílaba, en vez de en la segunda, que era la pronunciación correcta—. Te he visto por aquí. ¿Cuántos años tienes, muchacho?

Keith agitó los pies, incómodo, inseguro de lo que vendría a continuación.

—Veintiuno.

—Veintiuno. —Gambiosi asintió para sí mismo—. Y sigues trabajando sólo los fines de semana, ¿cierto? Mi hijo Tony, ése al que viste fuera, sólo tiene diecisiete, y ya realiza patrullas dos veces a la semana. También es un holgazán.

—Yo no...

—¡Un holgazán! Soy su padre, ¿es que crees que no lo sé? Sin embargo, Tony llegará lejos. Algún día participará en el desfile. ¿Sabes por qué? ¿Eh?

—No, señor —musitó Keith.

—Porque tiene ambición, ésa es la razón. No pude darle cerebro, pero sí pude darle eso. ¿Qué piensas del monstruo que acaba de pasar?

La pregunta cogió a Keith por sorpresa. Dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—Me sorprende que lograra llegar hasta los mismos muelles.

Gambiosi gruñó.

—Es sencillo. Nació en la ciudad. Sus padres fueron unos idiotas..., creyeron que podrían criarlo y tenerlo encerrado en algún cuarto trastero. Luego, cuando la realidad se les echó encima, se deshicieron de él. ¿Qué piensas de gente así, eh? ¿En qué estaban pensando cuando no entregaron al bebé al hospital?

—Yo..., supongo que no pensaron.

—Bingo —repuso Gambiosi—. No pensaron. Año tras año no pensaron en ningún momento. Igual que tú, Petrovich.

Unos ojos pequeños, como de cerdo, miraron fijamente a Keith. Éste agachó la cabeza y contempló sus zapatos.

—Veo a un montón de jóvenes como tú, muchacho. Mi abuelo te habría llamado jornalero..., ¿sabes lo que significa? Quiere decir que haces lo suficiente para sobrevivir, nada más. Con un poco de empuje, tú también podrías meterte en las patrullas. No obstante, aquí sigues, de recadero de fin de semana. Si te comportas como si dejaras a la vida en paz, ella hará lo mismo contigo. ¿Lo comprendes?

Keith mantuvo los ojos bajos y no replicó. Después de un minuto, Gambiosi, irritado, dijo:

—Lárgate. Tómate el resto del día libre.

—Gracias —murmuró Keith—. Se lo diré a mi encargado.

—No seas pelota... sólo vete. Y escucha, muchacho..., piensa en nuestra pequeña conversación, ¿de acuerdo? No eres tonto, y los Mimos necesitan a todos los hombres competentes que podamos conseguir.

De vuelta a la calle, Keith se irritó meditando en todas las respuestas que pudo dar y que calló. Comentarios que sabía que era mejor mantener en secreto: ¿Por qué he de pasar toda mi vida trepando hasta la cima de un montón de basura? ¿Por qué he de querer matar niños? Si me veo obli-

gado a participar en vuestros estúpidos juegos, por lo menos no deseo fingir que disfruto de ellos.

Sin embargo, le molestó que Gambiosi supiera que el monstruo de Jano no pudo haber venido de fuera de la Deriva, que se mostrara tan indiferente ante el hecho. Keith siempre había supuesto que los que ostentaban el poder se comportaban del modo en que lo hacían por simple estupidez o ignorancia. Le perturbaba descubrir que era él quien jamás veía más allá de lo obvio, que nunca pronunciaba en voz alta esos pensamientos peligrosos que todo el mundo conocía pero que nunca admitían.

Aquella noche soñó con el niño de las dos cabezas. Le daba una conferencia sobre las razones que tenía para morir, una boca interrumpiendo a la otra para aclarar un punto, a veces las dos hablando al unísono. Las exposiciones que realizaban eran antiguas y tópicas; Keith ya las había escuchado todas.

La Víspera de los Mimos amaneció un día claro y resplandeciente, con un frío viento del norte que venía de fuera de la Deriva. Keith condujo la cabina del camión a través del bloqueo, con la mascarilla del nucleoporo colgando suelta alrededor de su cuello. Jimmy Bowles, con su cetrino rostro relajado, dormitaba en el asiento de al lado.

El guardia les hizo un gesto por encima de la cabeza con el sujetapapeles. Keith asintió, inyectó más alcohol al motor y cambió de marcha. Con un rugido bajo, el camión avanzó. El guardia, la caseta y las señales de color rojo y blanco con la palabra DERIVA y el logo de radiación oscilaron y pronto desaparecieron del espejo retrovisor.

—¡Eh! —Keith sacudió a su compañero de trabajo por el hombro—. Saca el mapa y dime adónde se supone que tenemos que ir.

Bowles abrió los ojos con un bufido. Buscó un mapa, lo abrió hasta abarcar dos tercios de la cabina y contestó:

—Más allá del territorio del Rey de Prusia. Tú ya has estado allí, ¿verdad?

El camión botaba mientras recorría la autopista que nadie cuidaba.

—Sí.

—Entonces, no vuelvas a despertarme hasta que lleguemos.

Llevaron la parte trasera del camión hasta el borde de una pequeña pendiente, que tendría una caída aproximada de unos tres metros; vestidos con ropas protectoras, descendieron de la cabina. Una mirada a su alrededor les mostró que nada más grande que una ardilla podría acercárselos sin que lo advirtieran.

Bowles dejó la escopeta en las abrazaderas que había debajo del salpicadero. Una vez al año, más o menos, una tripulación desaparecía en la Deriva; sin embargo, hasta ahora, ni él ni Keith habían tenido ocasión de usar el arma.

Keith desenganchó la manguera mientras Bowles extraía una llave inglesa y empezaba a ajustar los conectores. Estaba de pie cerca del borde del precipicio, con las piernas separadas, sujetándose. Abajo se veía una división de casas con más de un siglo de antigüedad, de las que mostraban en los folletos, silenciosas entre pequeños montones de nieve. Suaves colinas se alzaban lentamente hacia el horizonte, cubiertas con rastrojos y negros árboles achaparrados, algunos retorcidos.

Bowles maldijo el frío que entorpecía su intento de abrir la válvula maestra. La manguera era gruesa y ocupaba las manos enguantadas de Keith; apenas podía sujetarla con las dos. Se escuchó un sonido metálico cuando la válvula se descongeló bajo la llave que manejaba Bowles. La manguera palpitó y se movió. Keith trastabilló y se recuperó de inmediato a medida que la tobera escupía desperdicios industriales de color lechoso.

El líquido voló en un amplio arco plano hacia el suelo congelado. Fluía despacio, cubriendo marchitas hierbas de color marrón con un charco creciente. Se formaron cristales amarillentos, que fueron disueltos de nuevo mientras más

líquido caía sobre ellos. Se suponía que debían buscar un emplazamiento nuevo en cada salida: sin embargo, resultaba más cómodo utilizar los viejos vertederos.

La tierra era desierta y monótona. Deprimía a Keith, dejándole con un estado de ánimo sombrío y nihilista. Recordó historias que le contaron de cómo, a veces, los desperdicios químicos tóxicos se mezclaban con los vertidos anteriores, y producían extrañas interacciones alquímicas. Del terreno surgían llamas explosivas, o peculiares gusanos de color naranja brotaban de la tierra. Existía un emplazamiento en la parte alta del Condado de Bucks en el que él había visto realmente arrastrarse la tierra, hirviendo y burbujeando a lo largo de todo el año.

Explota en llamas, pensó, dirigiéndose a la tierra. Sin embargo, no ocurrió nada. Las últimas y relucientes gotas de desperdicios cayeron de la manguera. La sacudió y luego comenzó a enroscarla de nuevo.

De regreso a la cabina, Bowles se había quitado la capucha anaranjada de su traje protector y se sacó su nucleoporos antes de que Keith tuviera tiempo de activar el reciclador de aire. Como la mayoría de los veteranos, Bowles no empleaba mucho su mascarilla; no creía que algo que él no consiguiera oler, probar, tocar o ver pudiera producirle algún daño real. Tomando su turno al volante, Bowles condujo el camión hacia la autopista.

—Estás ansioso por llegar al desfile, ¿verdad, muchacho? —preguntó.

—Supongo. Eh, mira la carretera.

La cabina se ladeó cuando pasaron por encima de un alud de barro que había borrado veinte metros de autopista. Bowles se carcajeó.

Bowles era el único negro en la nómina de Vertidos Industriales de la Ciudad de Quaker. Sólo los políticos podían haberle conseguido el trabajo. Sin embargo, Bowles desfilaba con una banda de segunda clase de Filadelfia del Nor-

te; incluso un negro podía realizar un buen trabajo con esa clase de grupos.

—No empieces a hablarme igual que mi tía —repuso—. ¿Acaso ves algo de tráfico?

—Eh, bueno. Pero me sentiría mejor si...

Bowles condujo el camión haciendo una ese, arañando los dos bordes del camino. Keith calló la boca.

Pasaron rugiendo por delante de las ruinas de un banco. El viento les llevó un montón de polvo blanco de una pila de residuos de asbesto que habían sido vertidos en el aparcamiento.

—Hay buenas tierras más allá, lejos de los vertederos —comentó Bowles, pensativo—. Si fuera joven como tú, me cogería una vieja granja y me arreglaría un hogar. No creerás que ahí fuera es peligroso, ¿verdad, hijo?

Ya he escuchado esta charla antes, pensó Keith. Ése era el problema con Filadelfia..., todos eran irlandeses o italianos. Razón por la que, por supuesto, el encargado de personal siempre une al negro y al polaco. Te brinda la oportunidad de descubrir hasta qué punto te puedes hartar de una persona.

—Como establezcas una granja aquí, tus pelotas se mutarán hasta convertirse en hongos de color verde —replicó, odiándose al instante por las palabras que acababa de pronunciar, por ponerse al mismo nivel que Bowles.

Bowles se rio, mostrando unos pobres y dispersos dientes cariados y amarillentos. Se desvió para evitar el tronco de un árbol mutado que se arrastraba por encima del suelo como si fuera una parra, hundiéndose en la carretera.

—Entonces deberías tratar de introducirte en los Mimos. Apuesto que, si mostraras cierto interés, lo conseguirías.

—Es gracioso —dijo Keith—. Gambiosi me comentó casi lo mismo.

—¿Gambiosi? Vaya. ¿Qué le contestaste? —No había mucho que yo le pudiera responder. Bowles se golpeó la

frente con la encallecida palma de una mano y le miró incrédulo.

—¡No puedo creerte, hermano! Fue una pista..., una especie de señal. El Hombre te decía que se había fijado en ti. Lo único que tenías que hacer era hablar, y en el acto te habría ascendido, hijo. En el acto.

Si Keith le indicaba que no le interesaba ascender entre los Mimos, Bowles se burlaría de él y se lanzaría a una conferencia sobre la ambición; ya había ocurrido antes. En vez de eso, dijo:

—No dispongo del dinero para los disfraces, y no quiero llevar plumas. De todos modos, no me interesa la política.

El padre de Bink había estado en los Mimos, y llegó a ser el último marchador; para lo que le sirvió. Su pobre paga sólo le alcanzaba para comprar lentejuelas y plumas de avestruz, y ninguno de los beneficios médicos de que disfrutaba evitó que su esposa muriera de leucemia. Probablemente, al final también le mató a él. De todas formas, el viejo había muerto de algo raro, y Keith siempre sospechó que lo pilló por la influencia que ejercía sobre él el trabajo que desarrollaba con los Mimos. El trabajo que fue lo único que le pudo dejar a su hijo superviviente...

Bowles se abrió para girar por una esquina sin visibilidad, se volvió y comentó:

—Te hablo en serio. Si tú...

—¡Por Dios, cuidado!

Sorprendido, Bowles dio un golpe de volante. Las ruedas delanteras pasaron por encima de un trozo de nieve y el camión perdió el control. Keith, con la nucleoporo bamboleándose de su cuello, fue empujado contra la puerta.

Algo pasó en un destello por delante del parabrisas: era una mujer montada sobre una sucia bicicleta. Estaba cruzando la carretera cuando el camión dobló la esquina y sus ruedas perdieron tracción. Se inclinó sobre el manillar y le imprimió el último resto de velocidad a su bicicleta.

—Por el amor de Dios —rogó Keith cuando la bici pasó delante de los parachoques delanteros, evitando a duras penas ser arrollada.

Antes de que la ciclista pudiera cruzar la calle, el camión derrapó y rozó la bicicleta con la rueda trasera. Se escuchó un enfermizo y sonoro crunch. Keith vislumbró algo que volaba por los aires.

A Bowles sólo se le veían los codos en movimiento mientras trataba de frenar el camión y, al mismo tiempo, mantenerlo en la carretera. Con un chirrido de ruedas, consiguió frenarlo sin que volcara.

Bowles saltó de la cabina y dejó su puerta abierta tras él. Keith, de forma automática, apagó el motor, se colocó su mascarilla y le siguió.

La caída de la mujer se había visto amortiguada por un matorral seco. Yacía inmóvil y encogida, muy parecida a un puñado de harapos tirados. Un poco más allá de donde estaba se encontraba la bicicleta sucia, doblada, completamente inutilizada.

—No es una mutie —comentó Bowles. Se irguió después de realizar una inspección rápida y volvió a inclinarse para contar los dedos de la mujer—. No. ¿Sabes algo de primeros auxilios?

—Un poco —contestó Keith—. Jesús.

Contemplaba el hilillo de sangre que manaba de una de las fosas nasales de la mujer. Ese líquido rojo y brillante le paralizaba. Echó a un lado la sensación y se agachó al lado de la mujer.

—Lo primero que hay que hacer es tantear para ver si hay huesos rotos, hum, o alguna herida evidente..., ha pasado mucho tiempo desde que lo aprendí. —Se trataba de una mujer delgada y musculosa, que estaría a punto de acabar la treintena o apenas pasaría de los cuarenta años. Sus pómulos eran esclavos y le conferían a su rostro, incluso sin sentido, una expresión salvaje. Una túnica, larga y pesada, se había abierto parcialmente, mostrando unos pantalones

nes de color caqui, ese verde claro que el Frente de Liberación del Norte había utilizado veinte años atrás. Su nucleoporo se le había salido parcialmente del rostro. Después de comprobar que aún respiraba, se lo volvió a colocar—. Bueno, yo no veo nada serio.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Hum, la situamos en una posición que mitigue el shock sufrido. Algo suave debajo de la cabeza, alzarle los pies. —Empezó a quitarse la chaqueta para formar un cojín y se detuvo—. Esto no sirve. Hemos de llevarla a la ciudad.

Cargaron con ella hasta la cabina y, como pudieron, distribuyeron su peso entre las piernas de ellos. Keith se sentó al volante y emprendió la marcha, despacio y con cuidado.

—¿Qué es eso que lleva alrededor del cuello? —inquirió Bowles. Desenganchó una cajita de cuero y miró en su interior—. Son unos binoculares —se respondió a sí mismo. Los depositó con cuidado en el salpicadero y se dedicó a inspeccionarle los bolsillos—. Aquí está el pasaporte, sellado en Filadelfia. Profesión: especialista. —Se detuvo—. No sabía que pudieras ganarte la vida con algo así. Posee un visado especial de Deriva para visitar Souderton.

—Souderton se encuentra bastante lejos de aquí. Apenas se puede considerar que se halle dentro de los límites de la Deriva.

—Dímelo a mí. —Bowles volvió a guardar el documento y prosiguió su inspección—. Vaya, si tiene dos —repuso, extrayendo un segundo pasaporte de un bolsillo interior.

—Eh, tal vez no tendrías que revisar sus pertenencias —repuso Keith, sintiéndose incómodo.

Bowles le ignoró.

—En los dos aparece el nombre de Suzette Fletcher. La misma altura, el mismo color de pelo. Edad: cuarenta y dos. En los dos. Profesión: periodista. ¿Qué te parece? Es una reportera del Boston Globe, allá en el norte. Y no tiene ningún sello de Filadelfia.

—Vamos, tío. Me sentiría mejor si dejaras de revisarla.